

¿Quién es el Peregrino?

Citlalli Luna Quintana

*Y luché contra el mar toda la
noche, desde Homero hasta
Joseph Conrad.
Gilberto Owen*

Muchas son las preguntas que quedan en vilo después de terminar la primera (o la décima) lectura de las *Soledades* de Luis de Góngora. Más allá de las ya tan conocidas disputas sobre el género, la escritura de las otras partes del poema, el probable final, etcétera, uno se pregunta ¿quién es el Peregrino? ¿Dónde está? ¿Por qué naufragó? Resultaría vano repetir los intentos que han tratado de dar respuesta a esta pregunta porque, debemos decirlo, no se puede saber.

Lo que sí conocemos, gracias a las diminutas pistas que el poeta cordobés nos dejó dispersas en el poema, es que el personaje de una de las composiciones más famosas de todos los tiempos era un noble acostumbrado a la vida de la corte quien, enamorado de una dama que no le correspondía por ser de una posición social más alta, se enlistó en el ejército español para surcar los mares: durante cinco años cruzó desde América hasta las Indias Orientales. Abandonó la casa, fortuna y nobleza con la esperanza de olvidar a aquella; pero no pretendía olvidarla y después continuar con su vida, sino que buscaba cerrar los ojos en medio del mar y dejarse llevar por las aguas de una fuente similar al Leteo.

La primera descripción que Góngora hace del Peregrino es como «náufrago y desdeñado, sobre ausente».¹ La figura del náufrago en la literatura nos remite, casi automáticamente, a Homero y Virgilio. Después de que Ulises y sus marineros lograron sortear el canto con el que las sirenas hechizaban a los hombres y pasar cerca de Escila y Caribdis con el saldo pírricamente favorable de solo seis marineros muertos, por fin divisaron la isla del Sol. Pese a las palabras que el ingenioso Ulises pronunció a sus compañeros para intentar persuadirlos de no acercarse a la isla —ya Circe y Tiresias le habían augurado que, si arribaban a ese lugar, sus males se multiplicarían— las advertencias fueron en vano; así, pues, una vez situados en la tierra, el Destructor de Ciudades

¹ Luis de Góngora, *Soledades*, I, Castalia, Madrid, 2016, v. 9.

hizo prometer a sus compañeros que no tocarían a las vacas del Sol. Un mes esperaron a que los vientos volvieran a serles favorables y zarpar de aquel lugar pero, agotadas las reservas que traían consigo, tuvieron la mortal ocurrencia de sacrificar a las vacas prohibidas de Helios; lo hicieron mientras Ulises subió al monte para hacer una ofrenda a los dioses y estos, caprichosos como divinidades que eran, le infundieron un sueño incontrastable, así que, cuando volvió, las reses habían sido inmoladas. Restituidos los vientos, los itacenses zarparon para encontrar su destino:

[...] cuando Zeus el Cronión vino a alzar una nube sombría/ sobre el combo bajel: todo el mar negreció bajo ella. / No corrió mucho tiempo la nave, soplónos a poco/ un poniente aullador en furioso huracán. La violencia/ de aquel viento cortó ambos estayes del mástil y éste/ derrumbóse hacia atrás arrastrando las jarcias. / [...] A este tiempo, tronando el gran Zeus lanzaba su rayo/ sobre el barco, tembló la armazón toda ella y cubrióse/ de vapores de azufre y mis hombres cayeron al agua. / En rededor del oscuro bajel los llevó al oleaje;/ semejaban cornejas; el dios les negaba el regreso. / Iba yo recorriendo el navío, más pronto un embate/ todo el bordo arrancó de la quilla, que luego las olas/ desarmada arrastraron; el mástil a flote chocaba/ contra ella; cogido aún llevaba un obenque de cuero/ con el cual me enlacé las dos piezas, la quilla y el mástil, / y sentándome en ellas dejéme llevar por los vientos/ perniciosos [...]²

Ulises se convertiría en un peregrino de esas aguas durante nueve días hasta llegar a Ogigia, la isla de la ninfa Calipso. Pietro Citati, en *Ulises y la Odisea*, dice que es ahí donde el tiempo se detiene; no se sabe si ese paraje se halla en los «confines remotos de Occi-

² Homero, *Odisea*, Gredos, Madrid, 1982, XII, vv. 405-426.

dente, en las desoladas soledades del mar, donde no hay dioses ni hombres ni ultratumba».³ Sabemos que Ulises permanece ahí durante siete años y, pese a que comparte su vida y su cama con Calipso, constantemente lo embriaga y tortura el recuerdo de Penélope y su lejana Ítaca.⁴

Ogigia es un lugar de aprendizaje para Ulises, aunque en ese momento no lo sabe. Ahí, en la soledad de esas tierras, se da cuenta de que nada le sirve ser uno de los famosos héroes de Troya y que su pensamiento iridiscente es poca cosa ante el ingenio y dictado de los dioses. En aquel páramo lejano y olvidado del mundo es donde verdaderamente se convierte en Nadie.

Pero este no fue el único naufragio que sufrió el ingenioso Ulises. Poseidón tardó mucho tiempo en perdonarlo por haber cegado a su hijo Polifemo; así que cuando Calipso —por mandato de Zeus— permitió que el extranjero se fuera, el dios de los mares reanudó la persecución:

Así dijo, espesó los celajes y, asiendo el tridente, / removió el océano, soltó huracanados los vientos/ en su gran multitud y a la vista robó con las nubes/ a una vez tierra y mar: en el cielo asomaba la noche. / Levantáronse el euro y el noto y el rudo poniente/ con el bóreas helado que arrastra imponente oleaje. / [...] Tal decía, empellóle por cima con fuerza salvaje/ golpe ingente de mar; volteada saltó la armadía;/ cayó él mismo lanzado a distancia de aquella; dejóse/ escapar de la mano el timón; en feroz torbellino/ confundidos los vientos quebraron el mástil por medio/ y apartados vinieron al agua la verga y el paño. / Largo rato quedó sumergido sin fuerzas a alzarse, / abrumado al embate del

³ Pietro Citati, *Ulises y la Odisea*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008, p. 133.

⁴ Si observamos bien, entre los años que Ulises permaneció con Circe y los que vivió con Calipso, sus naufragios no duraron más de un año. Literalmente estuvo viviendo con otras mujeres el resto de esos años.

mar/ [...] Posidón, el que bate la tierra,
formó una gran ola/ temerosa y agobiante,
cerrada, que echó sobre Ulises;/ como
racha violenta que, hiriendo un montón de
pajuelas/ bien enjutas, las lleva de acá para
allá, tal su empuje/ dispersó por el agua las
vigas; mas hete que Ulises/ se salvó sobre un
leño montando a horcajadas [...].⁵

Nuevamente Ulises fue salvado por un trozo de madera («piadoso miembro roto, / breve tabla...»); después de sufrir los embates de las ondas, el héroe pudo asirse de una roca y, acto seguido, invocó a Zeus. El padre de los dioses le permitió flotar en la tranquila corriente de un río que lo condujo a la playa. Ulises llegó por fin a la tierra de los feacios, pronto lo encontraría la bella Nausícaa y lo llevaría al palacio de su padre, el rey Alcínoo. Acogido magníficamente, el huésped derramará lágrimas escuchando las historias y las muertes acaecidas en Troya. Percatado Alcínoo del efecto que los relatos de Demódoco, el aeda ciego (¿Homero?), producían en el ánimo del extranjero, le pidió cuenta de su historia. Así, el iridiscente Ulises, momentáneamente se transforma en el narrador y cuenta la historia de un hombre que conoce perfectamente y que, sin embargo, ya no es él, porque todavía sigue siendo Nadie.

Pasemos ahora al naufragio de Eneas. Enemistada con Venus, Hera quiere evitar a toda costa que Eneas —hijo de aquella— llegue a Italia y funde Roma, así que le pide a Eolo, el dios de los vientos, que anegue el mar ingente y haga que naufrague la flota troyana. El dios llama a sus hijos, Euro, Noto, Ábrego, entre otros, y juntos comienzan la destrucción de las naves:

Claman los hombres y las jarcias crujen;
cielo y luz de los ojos de los Teucros
arrebozan las nubes; sobre el ponto
se tiende negra noche [...]
Tal gemía. En silbante turbonada,
de frente al aquilón hiere la vela

⁵ Homero, *Odisea*, V, vv. 291-371.

y hasta el cielo alza el mar. Trízanse remos,
ladéase la proa y el costado
presenta al maretazo. Sobreviene
súbido un monte de agua, abrupta mole.
De las naves, en lo alto de la onda
cuelgan unas; ven otras, al abrirse
rugiente sima, el fondo del abismo;
juntos hierven el mar y las arenas.
[...]

Sobre una que montaba el fiel Orontes
con sus Licios, revienta y se desploma,
vertical, en la popa, inmenso el ponto;
y Eneas mira al timonel lanzado:
de cabeza en la mar. Tres vueltas rápidas
da allí mismo el navío, y lo sepulta
el vórtice voraz. Vense cuál surgen
unos pocos nadando en la revuelta
extensión de las aguas, entre vigas
y armas que flotan sobre el mar y restos
de tesoros de Ilión [...].⁶

El estruendo provocado por el naufragio fue tanto que Neptuno se percató y, airado, hizo que los vientos cesaran; calmó las aguas y permitió que las seis naves sobrevivientes llegaran a la tierra, aquella donde gobernaba la legendaria Dido. Venus pidió a Cupido que infundiera amor en la dueña de aquellas tierras para conseguir que su hijo llegara sano y salvo a su destino.

Estos debieron ser los dos modelos que Góngora seguramente invocó al momento de pensar en un naufragio, porque el cordobés jamás anduvo en el mar. Así configuró su relato:

Cuando el que ministrar podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida,
náufrago y desdeñado, sobre ausente,
lagrimosas de amor dulces querellas
da al mar, que condolido,
fue a las ondas, fue al viento
el mísero gemido
segundo de Arión dulce instrumento.

⁶ Virgilio, *Eneida*, Cátedra, Madrid, 2008, vv. 87-120.

Del siempre en la montaña opuesto pino
al enemigo Noto
piado miembro roto,
breve tabla, delfín no fue pequeño
al inconsiderado peregrino
que a una Libia de ondas su camino
fio, y su vida a un leño.
Del Océano pues antes sorbido,
Y luego vomitado
No lejos de un escollo coronado
De secos juntos, de calientes plumas,
(alga todo y espumas)
Halló hospitalidad donde halló nido
De Júpiter el ave.⁷

¿Qué tienen en común estos náufragos? La primera diferencia es que Góngora introduce al lector en el relato *in medias res*. En la historia de Ulises, como se señaló, sus naufragios se debieron al engaño y la ceguera de Polifemo y a la imprudencia de haber sacrificado las vacas del Sol; con Eneas, el hundimiento de la flota se debió a que Hera quería evitar la fundación de Roma. Pero con el Peregrino de Góngora el lector no sabe absolutamente nada.

A los tres náufragos los salva un trozo de madera —o en su defecto, el barco entero restaurado por Neptuno—. Los tres llegan a una tierra donde reina la calma y seguramente también la prosperidad: son, en los dos primeros casos, Esqueria y Cartago, pero aquella donde llega el Peregrino de Góngora no tiene nombre. Habría que hacer la excepción de Ogigia, donde Ulises padece una constante nostalgia de «su Ítaca verde y humilde». Esqueria y la isla de Góngora son lugares míticos, imaginarios; solo se sugiere que en ambos hay prosperidad, abundancia; la naturaleza ocupa un lugar importante para los habitantes, existe también en ambos un rey, o los vestigios de que, alguna vez, hubo uno.

También es posible decir que los tres pertenecían a la nobleza o a un alto rango social, sin embargo,

⁷ Luis de Góngora, *Soledades*, I, vv. 7-28.

ninguno se interesa por la riqueza⁸ o las ceremonias innecesarias. Ulises tenía la imperiosa necesidad de volver a sus tierras y Eneas de encontrar una nueva patria que le restaurara el albergue perdido por la cruenta guerra. En cambio, el Peregrino no quiere regresar a su mundo. Durante el relato, los dos héroes épicos rememoran su lugar de origen con nostalgia, el personaje gongorino solo recuerda de su hacienda perdida el instante arrebatado cada vez que lo inunda la reminiscencia de su amada, pero nunca hay en él un deseo de añoranza por su patria.

Ulises es encontrado por Nausícaa y sus doncellas; Eneas y el Peregrino de Góngora tienen que subir un monte para ubicar el territorio donde se encuentran y buscar ayuda. Con el auxilio de Venus, Eneas llega hasta la ciudad para presentarse con la reina; él y su comitiva se maravillan con la riqueza y prosperidad de Cartago:

Párase Eneas y suspenso admira
aquel grandioso emporio, antes tugurios;
admira las entradas, el estrépito
y el rico pavimento de las calles.
[...]
Igual que las abejas, del estío
En el primer hervor, cuando a la brega
Las llama el sol en los floridos campos,
Y sacan fuera de las adultas crías,
O, con líquida miel, de dulce néctar
Rehinchén las celdillas, o descargan
A las que están de vuelta, o a los zánganos,
Hato de ociosos, en despliegue expulsan
Del abastado hogar. Hierve el trabajo,
¡y hay en la miel fragancias de tomillo!⁹

El Peregrino de Góngora llega a un claro en medio del bosque donde los pastores están sentados alrededor de una fogata («que a Vulcano tenían coronado»).

⁸ Es cierto que tanto Ulises como Eneas regresaban con los tesoros de Ilión, sin embargo, nunca pronuncian una palabra de pesadumbre al perder sus riquezas.

⁹ Virgilio, *Eneida*, vv. 423-436.

Probablemente el cordobés tuviera en mente el pasaje de la *Eneida* recién citado, solo que decidió quitar la parte esplendorosa de la descripción citadina y conservar la alabanza del trabajo y el elogio de los elementos naturales.

Góngora escribió en las *Soledades* y *El Polifemo* la épica de la paz; pero como gran parte de su renovación poética consistía en dismantelar la tradición para reinventarla, en las *Soledades* se encuentra la recuperación de un mundo épico —lleno de guerras y héroes, de naufragios y tesoros—, convertido en un relato bucólico: ahí las guerras son el trabajo del día a día (como en el mejor Hesíodo de *Los trabajos y los días*), los héroes son aquellos que consiguen la comida pescando o arando el campo, los tesoros son los que da espontáneamente la naturaleza. Lo único que persiste es el naufragio.

Homero y Virgilio —sobre todo este último— hablan constantemente en sus poemas de una Edad de Oro perdida, donde los dioses conviven con los seres humanos y no había riñas entre ellos para favorecer en la guerra a sus pueblos o héroes preferidos; en el mundo había armonía y paz porque no existían las ambiciones ni la propiedad privada. En este punto de la época aurisecular española parece resurgir la nostalgia por esta mítica edad dorada (o sus correlatos «menosprecio de corte y alabanza de aldea» y «*beatissimus ille...*»). Casi al mismo tiempo, Góngora y Cervantes hablan de esta perdida Edad de Oro, donde el mundo pastoril era el ideal, donde los bienes eran compartidos y no había necesidad de ceremonias banales, intrigas cortesanas, mentiras, adulaciones, guerras para ganar territorios o conseguir poder político; en el mundo había armonía y paz.

No se puede decir que Ulises, Eneas y el Peregrino son iguales, pero sí que comparten cualidades. Lo cierto es que los tres naufragaron, venían de una guerra (la del Peregrino, consigo mismo y contra el desdén amoroso) y los tres fueron acogidos de buena manera en aquellas tierras desconocidas. Claro, no llegaba todavía el desencanto de la modernidad, donde el paraíso recolector de naufragios se transformaba en pesadilla amarga:

Tierra que me acogió de noche náufrago
y que al alba descubro isla desierta y árida;
y me voy por tu orilla, pensativo, y no encuentro
el litoral ni el nombre que te deseaba en la
[tormenta.¹⁰

Al Peregrino de Góngora lo gobierna el silencio; es cierto que durante el transcurso de las *Soledades* vemos a través de sus ojos, pero hasta la segunda parte del poema es cuando por fin conocemos su voz melancólica y entonces entendemos por qué, además de náufrago y desdeñado, está sobre ausente. Sin embargo, pese a la comparación con Ulises y Eneas, y pese a las conjeturas posibles, seguiremos preguntándonos ¿quién es el Peregrino?

Fuentes

Citati, Pietro, *Ulises y la Odisea*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008. Góngora, Luis de, *Soledades*, I, Castalia, Madrid, 2016. Homero, *Odisea*, Gredos, Madrid, 1982. Gilberto Owen, *Sindbad el varado*, UNAM, 2013. Virgilio, *Eneida*, Cátedra, Madrid, 2008.

¹⁰ Gilberto Owen, *Sindbad el varado*, UNAM, 2013, vv. 10-13.